AÑO I REUS 30 DE SETIEMBRE DE 1883 NÚM. 22

REVISTA DEL CENTRO DE LECTURA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

DIRECTOR: J. MARTÍ FOLGUERA

PUNTOS DE SUSCRICIÓN	PRECIO DE SUSCRICIÓN	NOTA IMPORTANTE
En Reus, Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Vallroquetas, é imprenta y librería de Torroja y Tarrats, sucesores de Narciso Roca, calle Mayor.	En Reus, trimestre. . . . . Ptas. 2'00 Fuera de Reus, España. . . . » 2'50 Números sueltos. . . . . » 0'25	Para cuanto se refiera á este periódico dirigirse al Director del mismo en la Sociedad CENTRO DE LECTURA, calle de Vallroquetas, número 16, Reus.

SUMARIO

La guerra, por Martín Bel.—La mujer caída, por Nomen.—Apología de la luz (poesía), por X.—El Kiemlin, por Teófilo Gautier.—Los dos albums (poesía), por J. M. F.—El soldado de plomo, por X.—La vida (poesía), por Y. Marsalles Mirapeix.—La vanidad de todo, por el Doctor Pésimo.—Notas é impresiones, por Nomen.—Miscelanea.

LA GUERRA

En vano llamamos á nuestro siglo el de las luces y del progreso por excelencia, en vano pretendemos haber llegado á una altura de que aún estamos muy distantes; mientras la guerra subsista, mientras las cuestiones humanas se resuelvan por la fuerza, no podremos llamarnos civilizados. Aún la acumulación de brazos vale más que la acumulación de ingenio, y la bala de cañón, es decir, la materia pesada, la *cosa*, puede más que las palabras, es decir, el *espíritu*.

Que las tribus del centro de África ó de las islas de la Occeanía, que las *pieles rojas* que pueblan los bosques vírgenes de América, diriman sus contiendas por medio de la lucha, y apelen á la fuerza para saber de que parte está la verdad, pase: pero que las naciones *cultas*, los pueblos que usan el telégrafo, los hombres que estudian la ciencia y sienten el arte, apelen á los mismos medios que aquellas desdichadas y desnudas criaturas, es inconcebible y llena de decepción á todo pensador sereno. ¡Estraña anomalía la que reina entre nosotros! Buscamos el ideal de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero, nos afanamos para investigar las cuestiones científicas, hablamos por medio de la electricidad, llenamos de maravillas las Exposiciones universales y los museos nacioles, discutimos con erudición los altos temas filosóficos, condenamos todas las manifestaciones de lo intolerancia, nos empeñamos en combatir la fuerza bruta, el Inconsciente, como dice Hartman, y por otra parte pagamos tributo á esa misma fuerza y la entronizamos sobre el progreso. En un momento en el campo de batalla mueren miles de hombres, miles de inteligencias de entre las cuales alguna hubiera asombrado con sus adelantos; miles de corazones dejan de palpitar, caen ciudades en ruinas, quedan asolados campos fecundos, y el silencio de la muerte reemplaza al alegre ruido de la vida. Allí el hombre olvida sus estudios, sus penalidades por el trabajo, el saber y el sentimiento, se despoja de la delicadeza que tanto le había costado adquirir, y vuelve al estado de la fiera; en él la materia se levanta con toda su fuerza y se venga en un momento del dominio que sobre ella había alcanzado el espíritu.

Y lo más lastimoso, lo más terrible es que las ciencias y las artes, las letras, los vuelos de la filosofía, todo, en fin, cuanto contribuye al progreso humano, esté sujeto y dependa esclusivamente de la misma fuerza bruta y cante á coro entorno á ella. Durante la guerra, nada estable hay, todo vaga en desorden espantoso; pero triunfa el más fuerte, vence el conquistador, y á él, á sus caprichos se amoldan los códigos, á él le cantan y le elevan estátuas las artes, á su alrededor pululan los aduladores, el pueblo se humilla á sus piés y hasta los sabios le queman incienso. ¿Quereis estado más primitivo? ¿quereis más patente prueba de que la humanidad no ha llegado al *a b c* de la civilización? Cuando en vez del conquistador venga á imponerse el más sabio y el más virtuoso, cuando éste con una sola frase dirima la cuestión entre uno y otro pueblo, cuando á este solo se elevan estatuas, cuando á nadie se adule, cuando la palabra *guerra* no se conserve más que como un arcaismo en los viejos diccionarios, cuando para saber quien tiene razón no se apele á los brazos y á la pólvora, y haya desaparecido el *derecho* de conquista, y las armas no sirvan más que para defendernos de las fieras y se prac-

tique lo que tanto se cacarea en los libros de alta filosofía, y la multitud no sea tan imbécil como ahora para entusiasmarse ante el conquistador y cubrirle de coronas, solo entonces podremos decir en verdad, que la humanidad está civilizada.

MARTÍN BEL.

LA MUJER CAÍDA

HELA ahí, envuelta en perfumes y en vicios; hela ahí con mentida sonrisa, con miradas sin brillo, vendiendo placeres, exaltándose, levantando frenética en la orgía la copa humedecida por los labios de su amante; mostrando sus formas manoseadas y decaídas; jugando, gritando, blasfemando; hela ahí arrebatada por una vida tempestuosa; irredimible, aborrecida, sola en medio de su gran corte de queridos; hela ahí; esa es la cortesana.

El mundo lanza una eterna maldición sobre ella! pero ah! no hace mas que maldecir; no cuida de esas pobres criaturas, no indaga su historia; no hace distinción entre las perversas por degradación voluntaria y las débiles sin educación ni instrucción, arrastradas por un temperamento fatal, ó las que han caido impulsadas por la miseria y por la tentación. El mundo no sabe que algunas de esas infelices han luchado con el hambre, que han sufrido todos los tormentos imaginables, que al fin sin amparo, sin consejo, sin apoyo, no han tenido otro medio que caer. ¡Y bien! hélas ya cortesanas; el mundo las confunde; ya no tienen familia, hogar, parientes, amigos; todo lo han perdido con el pudor, todo, hasta la esperanza de redención. Los hombres las tratan con dureza, los niños las persiguen y las insultan, las mujeres las desprecian con su desdén más cruel; la sociedad las abandona; la religión las maldice; ni una mano que las levante, ni una palabra de consuelo, ni una mirada de compasión. Es preciso que el mal se pervierta mas. Ellas son malas; han de ser peores.

¡La gran sociedad! La criatura caida no puede rehabilitarse. ¡Esta es la sublime máxima! Tú, mujer estraviada, no tienes derecho á quejarte; y si alguna vez sientes el deseo de redimirte y la aspiración á bonificarte, has de ahogar tus sentimientos y tus aspiraciones. El mundo te rechaza. No encontrarás esposo, ni puerta que se abra á tus súplicas. Tu hogar estará cerrado para tí; tu familia te rechazará como el mundo: tus amigas de otros tiempos te han olvidado y no te reconocerán. Véte, mujer perdida, cortesana véte; eres indigna de redimirte; por una vez que has sido mala, nunca puedes volver á ser buena; has de perecer en el peligro, has de ahogarte en el abismo; retoza, canta, sé coqueta, rie, gasta, blasfema, sé desenvuelta; ese es tu elemento; ahí nadie irá á estorbarte; al contrario; todos incitarán tu exaltación impúdica; sigue por ese camino fatal, aunque las espinas se te claven en los piés y en el corazón; sigue á pesar tuyo; y cuando llegue tu hora postrera, no tendrás más derecho que á reclamar del mundo un rincón de muro ó un lecho en el hospital. Has de agonizar atormentada por sinsabores, olvidando tus placeres, mas no tus remordimientos, sin una voz amiga que endulce tus pesares, sin una blanda mano que cierre tus párpados. Después, el silencio eterno. Oh! canta; rie, rie; cubre tu quebranto con esa risa impura, ya que no ha de haber nadie que cubra con lágrimas tu sepulcro.

La sociedad es la responsable de tu crímen; tú, criatura caida, lo eres también, pero ¿quién no es culpable en este mundo? ¿cuál es la mujer fuerte? Si después de haber caido te arrepientes, ¿por qué no debes ser acogida? Oh! ¡y cuántas mujeres se arrepentirían de sus estravíos, si el mundo no las repeliese! La sociedad que no te educa, que prevé tu caida, que hasta te proporciona los medios para tu perdición tentándote con la miseria ó con la lisonja; la sociedad que con sonrisa sarcástica te contempla perder el pudor, que te mira indiferente cuando ya estás caida, que te vilipendia, que no ve ni quiere ver tús lágrimas, que no oye ni quiere oir tus súplicas, que te deja abandonada; la sociedad, que te cierra las puertas de tu hogar y del trabajo, que te deja sola en tu agonía y te arroja á la huesa común, esa sociedad es la verdadera criminal.

Oh! ¡cuánto debes haber sufrido! ¡cuántas veces, á la caida de la tarde, en aquella hora de reposo y de melancolía, encontrándote sola por casualidad, habrás recordado las ondas de blanco humo que brotaban de la pequeña chimenea de tu casa, la vieja silla en donde se sentaba tu abuelo, las inocentes espansiones de tu amor primero, los besos de tu madre, y las flores que tu misma plantaste en el huerto de tu casa! ¡cuantas lágrimas habrás derramado, herida por esos recuerdos! Sola, olvidada de todos, rodeada por el silencio, en tu aposento, recostada en un divan, contemplando el espacio y las estrellas que empiezan á brillar, ¡cuántos profundos suspiros has exhalado! ¡cuántas miradas has dirigido á lo lejos! ¡como has pensado volver á tus dichosos tiempos, á la tranquilidad, á la estimación, á la dignidad, á la vida!

Pero he ahí que varios jóvenes de *gran tono* entran en tropel á tu aposento. Esos jóvenes interrumpen tu contemplación y tus dulces recuerdos. Ea, cortesana, manos á la obra. Rie, provoca